

# LOS CAMBIOS EN LA SOCIEDAD INTERNACIONAL Y SUS REPERCUSIONES EN LA EUROPA DE LOS ESTADOS Y DE LOS PUEBLOS

**Roberto Mesa**

Universidad Complutense de Madrid

1. El siglo que ahora concluye ha sido llamado por el historiador británico Eric Hobsbawm *The short Twentieth Century*, encerrándolo en dos fechas extremas 1914-1991. Sin ánimo de enmendar la plana a tan importante estudioso de las revoluciones europeas, quizá podrían estrecharse aún más los hitos límites: 1917, la Revolución de Octubre, y 1989, la caída del Muro de Berlín.

En tan breve espacio de tiempo, la Humanidad, y no sólo la europea, se ha visto convulsionada y también ilusionada por el logro de no pocos sueños y el fracaso de grandes utopías. No en balde, Friedrich Heer, especialista alemán en las cuestiones que se abordan en estas páginas, llamó a Europa *Mutter der Revolutionen*. Las Revoluciones acabaron con los buenos tiempos, aquellos que evocaba Talleyrand cuando exclamaba nostálgicamente: “Quien no ha vivido antes del 1789, no sabe de las delicias de la vida”. La Revolución francesa inició un tiempo que, desde la toma de la Bastilla, se adentra hasta bien avanzado el siglo XX. La actitud inmediata sería una reflexión sobre la falsedad de las cronologías. Son las grandes ideologías y los grandes movimientos de masas los que abren y cierran los capítulos de la historia real. Por estas razones, el siglo que ahora finaliza, si no ha con-

cluido ya, fue la centuria de las grandes esperanzas, el escenario de las grandes transformaciones que, comenzadas en Europa, convulsionaron a todo el universo.

Sin mayores detenimientos, ya que en otros escritos míos he detallado estos fenómenos, conviene fijar la atención en tres grandes procesos que, como tales, forman ya parte de la Historia General Contemporánea de Europa.

El primero concierne a la trascendencia de los movimientos sociales y, fundamentalmente, del movimiento obrero. La clase trabajadora reclama el protagonismo social que le corresponde, en la Europa de los siglos XIX y XX, con el triunfo de las sucesivas Revoluciones Industriales. En su trayectoria oscila, ideológica y prácticamente, entre el diálogo social y la ruptura; dos versiones que ilustran una de las dominantes de la época: la lucha de clases que se mueve entre la dialéctica política, con la aparición de los sindicatos y de los partidos obreros, y el rechazo sin más del orden establecido, según las raíces del agrarismo y de la acracia. Hasta 1989, esta oposición entre clases sociales, se mueve entre el comunismo de Estado y la socialdemocracia; dos formas de leer la visión marxista de la fractura del orden social. En esta perspectiva, la Revolución bolchevique, la Revolución de Octubre de 1917, supone un hecho inédito en la Historia de la Humanidad. Por vez primera y única, hasta ahora, los seres humanos, al menos intelectualmente, pueden optar entre dos modos antagónicos no sólo de producción económica, sino también entre dos mentalidades, entre dos formas de ver el mundo y orientar su evolución.

El inicialmente reducido mundo marxista, aquel Estado leninista del comunismo en un sólo país, se expande vertiginosamente a partir de 1945. Expansión que está conducida según dos modelos. El primero de carácter absolutamente militar. La llegada del Ejército Rojo en lucha contra el Tercer Reich hasta la Puerta de Brandeburgo, al concluir la Segunda Guerra Mundial o la Segunda Guerra Civil Europea del siglo XX. Con el avance de los carros de combate soviéticos se imponen sistemas comunistas en las lindes del imperio y nacen las que, según ellas mismas se bautizaron, pasaron a denominarse Democracias Populares. Con ligeras variantes, este mismo modelo, resultado del reparto del botín asiático entre las Grandes Potencias vencedoras, escindió en dos la Península de Corea y, en el Sudeste Asiático, Vietnam, que, años después, sería el teatro de la mayor guerra conocida después de la Segunda Mundial y que concluyó con la derrota militar de la Super Potencia estadounidense. Pero, hubo también un segundo modelo comunis-

ta, bastante distinto del impuesto por la fuerza de los ejércitos de ocupación. En el espacio que, entonces, se conocía bajo la denominación formal y peyorativa de Tercer Mundo, tienen lugar revoluciones, unas burguesas, otras campesinas, que optan por el modelo comunista: desde la República Popular China hasta la Cuba castrista. Sin mencionar, por aún más desafortunadas, las experiencias de los llamados “socialismos africanos” y “socialismos árabes”.

El marxismo, modo de análisis y plantilla de acción, filosofía específicamente europea, no generó solamente el modelo comunista. En los países industrializados, en los países más avanzados, en cuyo seno nacieron y se desarrollaron proletariados fabriles con mayor conciencia de clase, la visión marxista se inclina decididamente por la opción posibilista, por la aceptación del marco político del Estado Nación existente y su inmersión en los modelos parlamentarios, manteniendo lógicamente, al mismo tiempo, sus organizaciones de clase, sus aparatos sindicales. Es el caso de Alemania, de Gran Bretaña y del Norte de Europa, básicamente, lugares en los que, no casualmente, en siglos anteriores, había triunfado la Reforma protestante que, según Max Weber, genera un peculiar modelo de capitalismo avanzado. Son los partidos social-demócratas y laboristas no sólo los que abanderan el camino reformista de las clases trabajadoras, sino que, también, a partir de cierto momento, llegan al poder por vías democráticas, rigurosamente parlamentarias. Evidentemente, eran dos caminos que desde el triunfo del marxismo-leninismo, incluso antes, (recuérdense las denuncias que proféticamente hizo persona nada sospechosa de reformismo como fue Rosa Luxemburgo), se habían bifurcado y que, en los años venideros, incluso se enfrentarían. El Bad Godesberg de la socialdemocracia alemana, con su renuncia al marxismo, se extendería después, en la década de los años setenta y siguientes a la mayor parte de los partidos socialistas europeos. El movimiento obrero, liderado por estas organizaciones que, desde la trinchera opuesta se calificaron de pactistas o entreguistas, alumbrarían una de las grandes aportaciones europeas a este breve siglo XX: la articulación del Estado de Bienestar, del Welfare State.

El segundo fenómeno que cambiaría absolutamente la posición de Europa en el mundo fue la Revolución colonial, la descolonización. Iniciada ya en los albores del siglo anterior, en la América Hispana, vivirá un despliegue espectacular a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. Suena la hora del final de los imperia- lismos colonialistas europeos. En el transcurso de algo más de dos décadas, entre

1948 y 1974 (la descolonización portuguesa fue la última), Europa pierde todos sus territorios ultramarinos. Es un proceso que, en primer lugar, afecta a las mentalidades colectivas que no estaban preparadas, tras la victoria sobre los fascismos, a presenciar su hundimiento y su desaparición como Grandes Potencias de escala universal. Pero es que, además, la descolonización no se hizo sin traumas. Ciertamente que algunas independencias se pactaron; pero otras se realizaron a través de sufrimientos y de sangre. Los nombres de Argelia y de Rodhesia ilustran sobradamente estas afirmaciones. Incluso se registraron algunos intentos, anacrónicos y nostálgicos, de restaurar antiguos poderes, sin tener conciencia de que ya se vivía en otra época; se alude a la Guerra Fría y al papel de escuderos de lujo que los países europeos occidentales desempeñaban tras el hegemón estadounidense. El paradigma de esta conducta atemporal fue la intervención anglo-francesa, con acompañamiento israelí, en el Canal de Suez en 1956 y, sobre todo, el final de polichinela que tuvo con la intervención diplomática de Washington y de Moscú.

Por encima de la catástrofe, algunos antiguos imperios tuvieron mayor capacidad de respuesta y consiguieron mantener algunos lazos, aunque fuesen simbólicos, con las antiguas colonias, como hizo Gran Bretaña por medio de la Commonwealth, y como intentase, pero tardía y fracasadamente, el General De Gaulle al crear la Union Française, Intenciones no siempre rectamente orientadas y que, en más de una ocasión, no lograban disimular los designios neocolonialistas.

No obstante, aquellos antiguos lazos coloniales, llegada la hora de construir lo que, mediados los años cincuenta, gracias a los Tratados de Roma, se llamó Comunidad Económica Europea, tuvieron un importante significado y resultados, que en la realidad del día de hoy, deben considerarse muy positivos. La posibilidad de aproximar a las antiguas colonias, mediante la fórmula de los Países ACP (África, Caribe y Pacífico), a la nueva experiencia integradora. Pero, de una o de otra forma, el fin de los imperios coloniales, que no del imperialismo, clausura toda una época de expansionismo europeo y que, tanto en lo político, como en lo económico y en lo cultural, había determinado una visión específica del mundo y de las relaciones internacionales. Desaparecían los Mares del Sur, el ensueño de Gauguin, y comenzaba la era del realismo. Los europeos, sin colonias, tuvieron que aprender a ser autosuficientes y a valerse por sí mismos. Arrancando de tan importantísimas carencias económicas fue necesario abordar el diseño de una Europa que nada tenía que ver con la que había existido desde el siglo XVI.

El tercer fenómeno, éste de alcance universal, también de carácter transformador, es decir revolucionario, es el que se produce en el campo de la ciencia y de la técnica. Se acortan las distancias físicas y mentales con la masificación de los medios de comunicación. Lo audiovisual comienza a ganar la batalla al pensamiento y a la letra impresa. El mundo se convierte en una inmensa pantalla. Pero la conquista del saber también tiene su cara oscura. Siempre fue el hombre el guardián y el vigilante de su hermano. Ahora, con las nuevas tecnologías, el Big Brother del año 1984, augurado por Georges Orwell se hace una realidad amenazadora. El Estado puede ser ahora más policíaco que nunca lo fue y puede poner en peligro las esencias del ser humano: el derecho a ser él mismo y a proteger su libertad y su intimidad que, en el fondo, pueden ser una misma cosa.

El progreso del conocimiento, aplicado a la vida de los humanos, registra cotas insospechadas. La existencia del ser humano se prolonga y lleva a dígitos increíbles las esperanzas de vida. La genética y la biología nos adentran en los arcanos de la vida. La posibilidad de la clonación es ya una realidad. El ser humano puede debatirse entre el mito faústico y la ficción de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Pero éste, afortunada o desgraciadamente, es un horizonte casi particularmente europeo o euro-norteamericano. Es, precisamente, en este escenario, donde el estancamiento y el descenso demográfico, junto a la prolongación de la vida, generan circunstancias que están poniendo en grave peligro la existencia misma del Estado de Bienestar.

Mientras, en otras zonas del mundo, la vida del ser humano se acorta y, no por azar, resurgen viajes enfermedades que se creían erradicadas. Es el caso, especialmente, del África Sub-Sahariana, víctima de las carencias más esenciales, de las hambrunas y de las guerras.

Aquí, también, hay otra diferencia que ya deja sentir sus efectos. El avance de la ciencia ha hecho que los seres humanos puedan controlar su crecimiento. La demografía europea se ha estancado, cuando no se encuentra en franca regresión. Mientras, al mismo tiempo, en la acera de enfrente, en el Mediterráneo Árabe, la demografía asciende vertiginosamente. La consecuencia es que ya son multitudes aquellos que llaman a las puertas de la Europa rica y del despilfarro y que no se contentan con recibir las migajas de un desarrollo en el que su esfuerzo ha sido vital y que, además, continúa siendo imprescindible.

En último lugar, la ciencia también ha tenido aplicaciones nada encomiables. ¿Qué decir de la aplicación de los avances científicos y técnicos a los modos de hacer la guerra? Hoy, al finalizar el siglo, la capacidad de destrucción que el hombre tiene entre sus manos no sólo es masiva es también selectiva. Desgraciadamente, el sufrimiento es también un espléndido negocio. La Europa de las libertades continúa siendo un muy lucrativo mercado de cañones. La dependencia económica de los países pobres se multiplica con la compra de armas, sofisticadas o rudimentarias, a la industria europea de la guerra. Mecanismo que, por añadidura, registra cotas superlativas de ejercicio hipócrita. Sadam Hussein es, para emplear sus mismas palabras, el Gran Satán de Oriente. El déspota iraquí es, además, terrible por las armas que posee. ¿Porqué no recordar que Alemania, Francia y Gran Bretaña, entre otros, fueron precisamente quienes vendieron las armas químicas y la capacidad nuclear al Gobierno de Irak? La misma España, con un menor desarrollo en esta industria letal, tampoco se privó de hacer buenas operaciones de ventas de armamento convencional al Sátrapa de Bagdad.

2. Estos fenómenos fijan la Europa del siglo XX. Pero, junto a lo fáctico, debe subrayarse que no fueron movimientos mecánicos o que obedeciesen a destinos insondables ante los que los humanos eran impotentes. El siglo XX, el último del segundo milenio, ha sido particularmente rico en visiones del mundo, en ideologías, que tuvieron también su considerable porción de responsabilidad en las vidas de los europeos. *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX* es el expresivo título de una de las últimas obras del americano-catalán Gabriel Jackson. El enfrentamiento comunismo y fascismo ensangrentó a Europa y no sólo por las guerras que asolaron el Viejo Continente desde 1936, con la Guerra Civil española; puesto que la Gran Guerra, la del 14, en parte aún era un conflicto decimonónico, aunque ya fuese portadora de semillas de salvajismo. Sin embargo, fascismo y comunismo, llevaron a puntos extremos las posibilidades cainitas del género humano: los campos de exterminio hitlerianos y los gulags estalinistas no son, precisamente, cartas de nobleza del genio europeo. Verdad que, en 1945, las democracias triunfaron sobre los fascismos, pero el estalinismo tuvo una vida más prolongada; y también es cierto que los ideales del liberalismo europeo, durante años, mostraron una extrema debilidad frente a los totalitarismos; y que, en la hora de la liberación, las tentaciones totalitarias infectaron, en buena parte, los ideales democráticos que, a veces por necesidad y otras por gusto, adoptaron prácticas rígidas y frecuentemente intervencionistas.

Al finalizar este siglo de civilización y barbarie, el citado Gabriel Jackson, hombre optimista por naturaleza y por creencia, en su mencionada obra, destaca los rasgos positivos que, en su opinión, han sobrevivido y que pueden servir para mejorar la convivencia, interna e internacional y desarrollar modelos democráticos. La economía de mercado, sujeta a consideraciones morales y humanas; la libertad individual; el gobierno constitucional; y, finalmente, la tolerancia. Aunque, evidentemente, habría que añadir otro factor dinámico y envolvente: el deber de solidaridad con los más desfavorecidos, ya sean países, ya sean seres humanos.

Pero, antes de llegar a estas conclusiones absolutamente provisionales, todavía faltaba un largo trayecto por recorrer. Las esperanzas suscitadas con la victoria de 1945, que cerró los ojos ante los holocaustos nucleares de Hiroshima y de Nagasaki y otros desastres aún mayores (por ejemplo más penoso, las 135.000 víctimas de los bombardeos de Dresde, los días 13 y 14 de febrero de 1945), tuvieron la vida de un suspiro. El día 5 de marzo de 1946, Winston Churchill pronunciaba su discurso, que se haría famoso, en Fulton (USA), donde levantaría el acta de defunción de la alianza con la Unión Soviética de los años de la Segunda Guerra Mundial: “De Stetin a Triste ha caído un telón de acero sobre el Continente”. Había comenzado la Guerra Fría. Muy poco después, se llegaría a un punto álgido con el bloqueo soviético de Berlín y, en Extremo Oriente, con la Guerra de Corea.

Los años transcurridos hasta el comienzo de la coexistencia pacífica y, sobre todo, hasta la caída del Muro de Berlín, serán nefastos para los europeos. Primero vendrá la agudización de las ideologías; el estalinismo, pocos años antes de la muerte de su mismo creador, se hará aún más represivo y ya no sólo en la Unión Soviética; los procesos en las recién creadas Democracias Populares no sólo liquidarán a los demócratas, burgueses y proletarios, sino que también se cobrará sus víctimas entre los que hicieron manifiesta su disidencia y hasta entre los que eran solamente sospechosos de desviarse del recto camino señalado por el Kremlin. Al calor de los procesos, imitadores de los de Moscú de los años treinta, al frente de los gobiernos demócrata-populares se instalarían fieles seguidores de la teoría y de la práctica del estalinismo. En Occidente, por su parte, con su base en Estados Unidos, soplarán vientos de Cruzada y la histeria maccarthista se apoderará de los espíritus. Al igual que al otro lado del telón de acero, disidentes y opositores serán eliminados de la vida política bajo la acusación de comunismo, filocomunismo o, simplemente, compañeros de viaje. Occidente, otra conducta paralela, también ce-

rrará los ojos e incluso cuidará a sus dictaduras de derechas que serán calificadas de baluartes espirituales de Occidente ante la amenaza del materialismo marxista.

La Guerra Fría congela el pensamiento y las actitudes; paralización que convertirá en un cementerio al Viejo Continente que sólo será útil para que las dos Super Potencias diseñen un imaginario teatro de la guerra. En nombre de aquella paz se sacrifica a Hungría (1956) y a Checoslovaquia (1968), al tiempo que se mantienen las Dictaduras del Sur de Europa: Portugal, España, Grecia... En este reparto o equilibrio del terror, los campos exclusivos quedan perfectamente diseñados y son escrupulosamente respetados. Las tropelías soviéticas en Europa Oriental y Central sólo tienen parangón con las demasías de Estados Unidos en El Caribe, Centroamérica y Sudamérica. Todo en paz, menos la periferia del sistema: la paz europea se mantuvo mientras que el llamado Tercer Mundo sería el triste escenario privilegiado de guerras de todo tipo. Porque también la Guerra Fría hizo posibles los buenos negocios: la carrera de armamentos hizo estragos en las mentalidades y también en los presupuestos de aquellos países que de la guerra hicieron necesidad y pretexto para su supervivencia.

La Guerra Fría congeló la vida internacional que se movió, durante años, entre la afasia del terror nuclear y la parálisis de las mentalidades. La confrontación ideológica, que también fue territorial y militar, se extendió a todas las actividades. Europa fue el escenario privilegiado de las controversias ideológicas, aunque por pacto tácito entre las dos Super Potencias vivió un inesperado período de paz armada. Todo se militarizó, incluso el pensamiento científico. Basta con consultar las hemerotecas y hasta las obras más sesudas de amplia audiencia en los ámbitos académicos. Pensamiento perverso que todavía deja sentir sus efectos entre los nostálgicos de aquel pasado militarizado que sólo alcanzaron a ver en las relaciones internacionales un campo de trincheras. Es lo que hoy se llama pensamiento único que, en verdad, a lo que aspira a ser es el pensamiento dominante en un mundo por fuerza heterogéneo y diverso.

Pero, como es sabido, con la Guerra Fría también comienza *El deshielo*, título de la novela de aquel acomodado disidente que se llamó Ilia Ehrenburg, en fecha aún temprana. Lo que otros denominaron la distensión comienza inmediatamente después de la crisis de los misiles soviéticos instalados en la Isla de Cuba (1962) y que motivó un desenlace negociado, arquetípico exacto de la Guerra Fría. Sin em-



bargo, a veces, en la distancia histórica se olvida que los años posteriores de la supuesta distensión, que en algunos aspectos lo fue y allanó el camino para otros cambios, también se registró una agudización de los caracteres más duros de la Guerra Fría. La Guerra de Vietnam, que costó la Casa Blanca a L. B. Johnson e inauguró una sombría época en la presidencia estadounidense: Richard Nixon y Ronald Reagan, dos de los paladines más desprestigiados de la causa occidental. Curiosamente, como la historia no es neutral y, repetidamente, no es objetiva, la excepción de James Carter está sepultada por el olvido. El Presidente Carter intentó una nueva diplomacia de la Casa Blanca, basada en un respeto escrupuloso de los derechos humanos y de los principios de la libertad. Su fracaso fue estrepitoso, quizá porque aún no fuese su tiempo.

En la otra trinchera, las cosas no marcharon por un camino distinto. Las esperanzas puestas en la desestalinización, avaladas por las denuncias de sus crímenes en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, y por los contactos, sinceros aunque difíciles, entre John Fitzgerald Kennedy y Nikita Krutchev, no fueron otra cosa que un espejismo. Incluso, meses antes de la crisis de los misiles, comenzó la construcción del Muro de Berlín (13 de Agosto de 1961). El día 15 de Octubre de 1964, Krutchev es destituido de todos sus poderes. Un golpe de Estado palaciego, del Palacio del Kremlin, liderado por Suslov, el ideólogo soviético más agresivo de la Guerra Fría, instala en el poder a Breznev. Significativamente, Breznev y L. B. Johnson, primero, y Richard Nixon, después, llegarían a entenderse en las situaciones más arduas, pero con mentalidades absolutas de Guerra Fría. De lo que se trata no es de la paz, sino de perpetuar la división y el reparto del mundo entre las dos Super Potencias. En 1972, Estados Unidos y la Unión Soviética firman el SALT I, sobre control de armamentos estratégicos, y que será completado, en 1979, con el SALT II. recibidos por la opinión mundial como un compromiso de paz y una promesa de mejores relaciones bilaterales; en realidad estos importantes acuerdos bilaterales perseguían reservar la exclusiva nuclear a Moscú y a Washington, al tiempo que se proseguía la carrera de armamentos a niveles más sofisticados, comprendida la miniaturización de los instrumentos bélicos. De aquí sólo había un paso, que se dio de inmediato con Ronald Reagan, al avanzar Estados Unidos su Incitativa de Defensa Estratégica, la Guerra de las Galaxias, que militarizaba el espacio exterior del planeta tierra. Hecho que, como se vería después, precipitó el descalabro de la Unión Soviética, extenuada económicamente por unos

presupuestos militares que arruinaron su erario. Por añadidura, la Unión Soviética no se privó para nada de sus antiguos métodos, como demostraría con la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia (Agosto de 1968), que concluiría con la ilusionante Primavera de Praga y con la experiencia que pretendía dar un rostro humano al socialismo. Aquí, interesaría subrayar otro efecto perverso de la Guerra Fría, pero muy bien buscado por los representantes del pensamiento más conservador de Occidente. Bajo la denominación del socialismo real también se metió, en el mismo saco, a los partidos socialistas y social-demócratas europeos y americanos, que, además, quedaban unificados bajo el signo del estalinismo. Visión que todavía perdura en no pocas mentalidades que desconocen o callan interesadamente lo que fue el desgarró de la Internacional Socialista y el enfrentamiento de los socialistas de todo tipo frente a la experiencia leninista. En fin de cuentas, como queda escrito líneas más arriba, la Guerra Fría ocultó muchas más cosas que las más visibles, como el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, entre comunismo y capitalismo; hasta llegar a la peor de las perversiones: la incompatibilidad entre culturas diferentes. Claro que para llegar a este punto se silenciaba que tanto el capitalismo como el comunismo fueron dos invenciones doctrinales y políticas alumbradas y practicadas en el Viejo Continente.

3. Exactamente durante los años más álgidos de la Guerra Fría se pone en marcha una de las esperanzas más soñadas desde tiempos muy remotos en Europa y por un puñado de hombres avanzados en su época. Un tiempo político e intelectual historiado paso a paso por el Profesor Antonio Truyol Serra en su repetidamente reeditado *La integración europea. Idea y realidad*. No es éste el lugar, ni tampoco la ocasión, para repetir la crónica, que algunos sitúan en la misma Edad Media, de tan utópica y azarosa idea. No obstante, no está de más recordar sus más directas cartas de nobleza, a partir de los siglos XVII y XVIII, donde se emplazan los nombres de William Penn, del Abate de Saint-Pierre y de Emmanuel Kant, con su premonitoria *Paz Perpetua*. Proyectos que se repetirán a lo largo del siglo XIX y donde junto a los nombres más reconocidos (Saint-Simon, Lemonnier, Comte, Victor Hugo, etc.), tampoco faltan aquellos otros que enlazan con posiciones más ensoñadoras, como sería el caso del furierismo.

Pero es, fundamentalmente en el siglo XX, todavía bajo el desgarró de los sufrimientos y devastaciones producidas por la Gran Guerra (1914-1918), cuando tomará más cuerpo la idea europeísta. Los obligados nombres de referencia, como es

bien sabido, son los de Richard Coudenhove-Kalergi y su *PanEuropa* (1923) y, sobre todo, Aristide Briand que, el 5 de Septiembre de 1929, presenta ante la ginebrina Sociedad de las Naciones, de nombre inglés más inequívoco la Liga, su proyecto sobre una federación que se llamaría, precisamente, *Unión Europea*. Entre los especialistas españoles, los Profesores Araceli Mangas y Diego J. Liñán, han señalado muy oportunamente, cómo ya en 1929 y, muy especialmente, en el Memorándum que el gobierno francés deposita en la Sociedad de las Naciones, el día 1 de Mayo de 1930 y remite a las cancillerías europeas, se encuentran las líneas maestras que se hallarán, en 1992, en el Tratado de la Unión Europea. Políticamente, se trataba de crear “una federación fundada sobre la idea de unión, y no de unidad”. Económicamente, se fundamentaba en “la aproximación de las economías de los Estados europeos, realizada bajo la responsabilidad política de los gobiernos solidarios”. Todo el edificio, antes de construirse en sus cimientos, se vendría abajo, una vez más, asolado por los vientos de la guerra (A. Mangas y D. Liñán, *Instituciones y Derecho de la Unión Europea*, Madrid, 1996. en especial su Capítulo I, titulado “El proceso histórico de la integración europea”).

En esta ocasión, la guerra, la última mundial (1939-1945), tuvo sus virtudes, que se impusieron por la fuerza de la razón. Recuérdese, aunque sólo sea de pasada, la creación premonitoria del Benelux (1943), la celebración del decisivo Congreso de La Haya (1948), del que saldría el Movimiento Europeo, y, un año más tarde, en 1949, se produce el nacimiento del Consejo de Europa, donde confluyeron las distintas corrientes europeistas. El Consejo de Europa coloca la piedra angular de la construcción política europea al poner sus cimientos en la teoría y en la práctica de los derechos humanos a cuyo frente se sitúa el Tribunal Europeo; que, en 1998, alcanza unas dimensiones insospechadas: cuarenta Magistrados, uno por cada uno de los Estados Miembros, elegidos por la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa.

Desde 1946 y en un clima poco propicio, la idea de Europa ha vivido un vertiginoso proceso de aceleración histórica. Es pertinente subrayar que la primera piedra en la construcción de este edificio la pusieron los realistas, bastante más que los supuestos idealistas; aunque, en el fondo, estas distinciones sean un peligroso juego de palabras. Lo cierto fue que los realistas eran los más idealistas de todos los europeos. Y, a su cabeza, entre otros, Jean Monnet que, no por azar, era economista y también humanista. Monnet y otro puñado de políticos y de economistas, o

ambas cosas a la vez, también eran europeos que habían conocido los agravios, los errores y las tensiones del período de entreguerras. Hombres que sabían que el enfrentamiento entre Francia y Alemania, centrado en el control de la siderurgia y de las cuencas mineras, había sido el foco de desentendimientos y de conflictos, incluso armados. Cuando empieza a pensarse, en términos que hoy parecerían excesivamente tímidos y cautelosos, en el acero y en el carbón, en el Tratado CECA, así como en su Alta Autoridad, Jean Monnet, en una escueta nota de trabajo, escribía estas cinco líneas: “Mediante la puesta en común de producciones de base y la creación de una Alta Autoridad nueva, cuyas decisiones vincularán a Francia, a Alemania y a los países que se adhieran, esta propuesta sentará las primeras bases concretas de una federación europea indispensable para la preservación de la paz” (Vid. *Memorias*, Madrid, 1985). Esta era la novedad esencial: por vez primera, un entendimiento del hecho económico como factor de unión y de paz.

Párrafos antes, se ha recordado el discurso de Winston Churchill en Fulton (5 de Marzo de 1946) que anunciaba el inicio de la Guerra Fría. Pero, en esta misma alocución, el dirigente británico también se refería a la idea de Europa, como receta única para evitar que se repitiesen antiguos enfrentamientos. Fórmula que ampliaría con mayores concreciones en su conocidísimo discurso de Zurich (19 Septiembre 1946): “We must build a kind of United States of Europe”. La clave del éxito era de una gran simpleza en su elocución: “The first step in the re-creation of the European family must be a partnership between France and Germany”. Recuérdese, aunque sea de pasada, que sólo dieciocho meses antes los Aliados aún no habían concluido victoriosamente la contienda contra la Alemania del Tercer Reich.

Pero será Jean Monnet, de nuevo, alma de la “Declaración Schuman”, quién pondrá en marcha el mecanismo que llevará de inmediato a la firma del primer Tratado Comunitario. La “Declaración Schuman”, apellido del Ministro francés de Asuntos Exteriores, ideada por Jean Monnet, entonces Comisario del Plan de Modernización y Equipamiento, es, a la vez, prueba de realismo y de conocimiento del pasado histórico: “Europa no se hará de golpe, ni en una construcción de conjunto: se hará mediante realizaciones concretas, creando primero una solidaridad de hecho”. El concepto de solidaridad es, debe ser, la utopía siempre perseguida por los que buscan la armonía entre los pueblos. El Tratado Europeo del Carbón y del Acero, el primer Tratado Comunitario, firmado entre aquellos seis países históricos (Francia, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo), no puede ser más claro y termi-

nante en su Preámbulo: “Resueltos a sustituir las rivalidades seculares por una fusión de sus intereses esenciales, a fundar con la instauración de una comunidad económica los primeros fundamentos de una comunidad más amplia y más profunda entre pueblos largo tiempo opuestos por divisiones sangrientas y a poner las bases de instituciones capaces de orientar un destino desde ahora compartido”.

No es nuestra intención, repetimos, hacer la crónica puntual que conduce desde la Comunidad Económica Europea hasta la Unión Europea, pasando por el Mercado Común, la Europa de los Mercaderes y de los Monopolios, hasta llegar finalmente a la Unión Europea, pasando por una larga historia de siglas, de éxitos y de retrocesos, así como también de descalificaciones. Pero, como frecuentemente la memoria de los pueblos es olvidadiza, sí conviene recordar, pese a todo, la celeridad temporal que ha presidido la cronología inmediata del devenir europeo. El 25 de Marzo de 1957, los Seis firman los otros dos grandes Tratados Comunitarios en la ciudad de Roma: el de la Comunidad Económica Europea y el de la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Años después, tras no pocas incidencias en el recorrido, entre ellas la oposición anglo-francesa, se produce la primera ampliación de la Europa Comunitaria: el Reino Unido, Irlanda y Dinamarca, ingresan el día primero de Enero del año 1973. La Europa de los Seis es ya la Europa de los Nueve. El fin de las Dictaduras Mediterráneas trae una nueva ampliación con el ingreso de Grecia, Portugal y España (1980 y 1986). Finalmente, el año 1994, conducirá a la actual Europa de los Quince, con la adhesión de Austria, Noruega, Suecia y Finlandia. Continúan a la espera algunos países centroeuropeos, recientemente liberados de los sistemas comunistas.

No obstante, hay datos más importantes que los meramente cronológicos. El giro político decisivo de lo que fue la Europa Comunitaria se produce con la entrada en vigor del Acta Única Europea (1986). Según algunos, el Acta Única es sólo un maquillaje reformista, un lavado de cara. Otros, más discretos, opinan que la reforma del sistema institucional tuvo como objetivo “dotar al proceso de decisión de mayor eficacia y democracia” (Mangas y Liñán). Por lo demás, sin entrar en el análisis de detalle, se sientan las bases de la política de cooperación europea.

Lo importante es comprobar cómo el Acta Única abre el paso al decisivo Tratado de la Unión Europea: el Mercado Único conducía ineluctablemente a la Moneda Única. Con el reto añadido, entre otros no menos importantes, de articular, bajo

la base de la cooperación, la política exterior y de seguridad común. Al fondo, el proyecto de Constitución Europea del Parlamento Europeo. El camino que media de Maastricht a su revisión en Amsterdam.

Actualmente, al final del Milenio, la utopía europea es una realidad plasmada en la Unión Europea. Ciertamente, no es la que se pensó en un principio, mucho más modesta y más reducida, hasta en sus límites geográficos. Ya no hay país europeo que no quiera ingresar en el club de los privilegiados. Pero el mapa europeo ha vuelto a centrarse tras la desaparición del Muro de Berlín. Ya no existe aquel telón de acero que amputaba artificialmente al Viejo Continente.

4. Hoy día, aún con los acontecimientos históricos muy frescos en la retina, puede disponerse de una cierta perspectiva histórica y esbozar un intento de comprensión de lo que ha ocurrido en Europa en menos de diez años.

La coexistencia pacífica supuso, en alguna medida, un aplazamiento de la crisis total de la Unión Soviética, cuyo fin se prolonga bajo el neoestalinismo de Breznev. Sin embargo, no faltaron en la propia Unión Soviética y en las mismas filas del PCUS los juicios de aquellos observadores conscientes de los peligros que se avecinaban para la supervivencia del sistema. En los últimos años de la década de los cincuenta, un grupo de economistas, sociólogos y militares, bajo la dirección de Andropov y entre los que se cuenta Mijail Gorbachov, dan la voz de alerta. Ya en los sesenta, la Unión Soviética vive un agudo debate económico entre los dogmáticos de la economía comunista y aquellos otros que empiezan a ver con ojos distintos lo que estaba ocurriendo en la Europa de Bruselas. Durante años, la Comunidad Económica Europea fue, para los analistas soviéticos más rígidos y simplistas, la punta de lanza económica del imperialismo; al igual que la OTAN era su punta de lanza militar, Frente a los ortodoxos, un grupo de economistas, entre ellos Aganbegyan, más tarde padre de la perestroika económica, ven en la Europa Comunitaria el único modelo en un mundo cada vez más interdependiente y apuntan hacia el desarrollo de procesos de integración económica entre los países comunistas europeos, pero en una perspectiva radicalmente distinta de lo que era el CAME o Consejo de Ayuda Económica Mutua. Incluso, apuestan por la apertura de fronteras hacia la presencia de capital extranjero y de las más importantes multinacionales. Se pone como modelo el que estaba siguiendo Hungría y, en buena parte, el

camino que entonces iniciaba China Popular. El comunismo empezaba a perder la batalla económica.

En el plano militar, la firma del SALT I y del SALT II es el preanuncio de una crisis que cristalizará cuando la Unión Soviética compruebe la imposibilidad de oponerse armamentísticamente a la Iniciativa de Defensa Estratégica. Un desafío que puso en peligro la paz en Europa, cuando en los años ochenta las dos Super Potencias procedieron a la siembra de misiles nucleares de alcance medio e inferior en el mismo corazón de Europa. Era el último reto antes del fin de la Guerra Fría y que tuvo la virtud no buscada de aproximar a los alemanes de las dos Alemanias que se veían como la diana única del posible enfrentamiento nuclear. Una oleada de movimientos pacifistas recorrió todo el Continente europeo.

No obstante, en este proceso, la ideología y la política también tuvieron sus palabras que decir. En 1970, el deshielo había comenzado también en Europa Central. La *Ostpolitik* del Canciller Brandt da sus frutos y acelera la distensión Este-Oeste: la República Federal de Alemania, entre 1970 y 1973, firma los Tratados de Estado con la Unión Soviética, Polonia y la República Democrática de Alemania, con la que no mantenía relaciones diplomáticas, pero de cuyo futuro –la reunificación– se había cuidado al suscribir los Tratados Comunitarios de Roma. Los Tratados de Estado suponían la aceptación por el régimen de Bonn de las fronteras con Polonia salidas de la Segunda Guerra Mundial, la Línea Oder-Neisse.

Pero, insistimos, en estos años decisivos, la ideología y la política también tuvieron palabras trascendentales. La Unión Soviética, consciente de que estaba perdiendo la Guerra Fría, saca del congelador su antiguo proyecto de Tratado de Seguridad Colectiva en Europa y cuyo primer planteamiento se hizo en 1954, tras la muerte de Stalin. Ahora, las democracias occidentales aceptan, pero marcando las reglas del juego. Ya no será únicamente un Tratado multilateral exclusivamente europeo: también participarán Estados Unidos y Canadá. Las negociaciones comienzan en 1972. Tres años más tarde, en la ciudad de Helsinki, el día 1 de Agosto de 1975, nace la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea (CSCE).

El Acta Final de Helsinki es la clave de bóveda de la futura arquitectura europea. Está firmada, en 1975, por 35 Estados. Con la caída del Muro de Berlín su número ascenderá a 53 Estados, retrato de la aparición de nuevos Estados, a más de Japón que, en 1993, será admitido como observador.

Una lectura actual del Acta Única revela su alto contenido utópico. Marc Nouschi ha deducido, de su análisis, el posible decálogo de la CSCE. Estos eran sus mandamientos: 1. Igualdad soberana; 2. Renuncia a la amenaza y al uso de la fuerza; 3. Inviolabilidad de las fronteras surgidas de la Segunda Guerra Mundial. 4. Integridad territorial de los Estados; 5. Resolución pacífica de los conflictos; 6. No intervención en los asuntos internos; 7. Respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, incluso de la libertad de pensamiento, de la libertad de conciencia, de religión o de convicciones; 8. Igualdad de los derechos de los pueblos y derecho de los pueblos a la autodeterminación; 9. Cooperación entre los Estados; 10. Cumplimiento de buena fe de las obligaciones asumidas con arreglo al derecho internacional (Vid. Marc Nouschi, *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*, Madrid, 1996).

Aparentemente, la Declaración de Helsinki se presentaba como la conclusión y la aceptación jurídica de los resultados territoriales de la Segunda Guerra Mundial y la aceptación de los efectos de la Guerra Fría. De modo y manera que la Unión Soviética podía respirar tranquila con las cláusulas territoriales; y las democracias occidentales también parecían aceptar, gracias a la inclusión de algunos de los principios generales del Derecho internacional, los efectos específicos del sistema bipolar.

La realidad posterior sería muy distinta. La Declaración de Helsinki será la palanca empleada para derribar el Muro de Berlín y precisamente por los Estados comunistas, por las Democracias Populares. Pero, en 1975, nadie dudaba de la solidez de los sistemas comunistas y, sobre todo, de la fortaleza del aparato estatal soviético. Parecía apostarse por un futuro muy lejano y que hundía sus esperanzas en la utopía.

Durante la Guerra Fría, una de sus víctimas más desgarradoras fue la doctrina y la práctica de los derechos humanos. El sistema bipolar los convirtió en una arma arrojada más. Unos, preconizaban la prioridad de los derechos políticos; los otros, argumentaban la superioridad de los sociales y económicos. Se abrió una falsa y peligrosísima dicotomía entre derechos que se llamaron peyorativamente formales y materiales. Incluso se establecieron prioridades, para justificar dilaciones y sobre todo violaciones.

En Helsinki, aparte la libertad de circulación de personas y de ideas, se subrayó la importancia de uno de los derechos humanos fundamentales de carácter colecti-



vo: el principio de autodeterminación de los pueblos. Principio enunciado en 1960 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, en su histórica Resolución 1514 (XV) y recogido, en la Resolución 2625 (XXV), en el año 1970, como uno de los principios generales del Derecho internacional. Todavía, en 1989, se pensaba que la aplicación de este principio se limitaba única y exclusivamente a la descolonización de los pueblos: el derecho a constituir un Estado soberano e independiente, con su población, con su gobierno y con su territorio propios.

Ciertamente, la Resolución 1514 (XV) constituye una tajante condena del colonialismo y una afirmación del derecho de todos los pueblos sojuzgados a liberarse de esta forma de dominación. Pero esta lectura, aunque real, era incompleta. En su párrafo segundo, puede leerse: “Todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación; en virtud de este derecho, determinan libremente su condición política y persiguen libremente su desarrollo económico, social y cultural”. Años después, también la Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobaba la Resolución 2625 (XXV), donde se recoge el derecho de autodeterminación de los pueblos como unos de los principios generales del Derecho Internacional. Y, por último, en la misma Declaración de Helsinki, se reafirmaba: “Los Estados participantes respetarán (...) el derecho de cada uno a elegir y desarrollar libremente sus sistemas políticos, sociales, económicos y culturales, así como su derecho a determinar sus leyes y reglamentos”.

5. En 1985, Mijail Gorbachov es designado Secretario General del PCUS. Tiene que asumir una durísima herencia. Entre otras cosas, poner fin a la intervención soviética en Afganistán y abordar la etapa final de la existencia de las Democracias Populares. Desde 1981, el gobierno polaco había proclamado el estado de guerra para tratar de abortar la revuelta sindical y obrera abanderada por el movimiento *Solidaridad* y evitar una intervención soviética.

El movimiento de liberación de los pueblos centro y euro-orientales lo encabezarán Hungría que, en el lejano 1956, había hecho un primer intento. Pero, lo que entonces fracasó, triunfa en 1989 y, el mismo año, cae el Muro de Berlín. Dos años más tarde, en 1991, tras un frustrado intento de golpe de Estado, desaparece la misma Unión Soviética y, en su lugar, surge la vagorosa Comunidad de Estados Independientes (CEI). Un año más tarde, en 1992, la guerra llega a Europa: comienza un inacabable y sangriento conflicto armado en la antigua Yugoslavia con

todo el muestrario de los horrores: guerras intestinas, guerras civiles, guerras regionales, conflictos culturales y religiosos, limpiezas étnicas y genocidios. Cae pulverizado al antiguo mito de la Federación Socialista Yugoslava: un aparato ortopédico inventado en la Paz de Versalles y disciplinado por la Dictadura del Mariscal Tito, bajo la hegemonía aplastante de Belgrado. Bosnia-Herzegovina se convierte en el símbolo de todas las infamias y en la incapacidad europea para atajar los ríos de sangre: Serbia, Eslovenia, Croacia, Macedonia... Nombres viejos que recuperan su lugar en el mapa del antiguo Imperio Austro-Húngaro. Para no ser menos, la República de Checoslovaquia desaparece; en su lugar, nacen la República de Chequia y la República de Eslovaquia.

Nace o renace un nuevo o viejo mapa europeo, en el espacio de un año, en 1991. Tres Estados bálticos: Estonia, Letonia y Lituania. Cuatro Estados eslavos: Bielorrusia, Moldavia, Ucrania y Rusia. Tres Estados caucásicos: Armenia, Azerbaiyán y Georgia. Y toda una cohorte de Estados en Asia Central: Kazajistán, Kirguizistán, Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán. Todos ellos, menos los bálticos y Georgia, integrados en la Comunidad de Estados Independientes.

El año 1989 ya forma parte decisiva de la Historia de Europa de todos los tiempos y no sólo del siglo XX. Dos siglos después de la Revolución francesa acaece otro modelo revolucionario. Si el primero se hizo al grito de “Libertad, Igualdad y Fraternidad”, el segundo tiene una triple dimensión revolucionaria: “Liberal, nacional y democrática” (Marc Nouschi). Desde Berlín Oriental hacia el Este, las calles europeas se inundan de ciudadanos que gritan: “¡Somos el pueblo!”. Los europeos ejercen su derecho a la libre determinación.

¿Ha recuperado Europa la felicidad y la estabilidad de las que jamás disfrutó? En un primer instante, quizá los doce meses del año 1990, aún ilusionados con las ruinas del Muro de Berlín, permitieron albergar la esperanza. Pero la nueva Gran Ilusión no tardó en disiparse. Aquella vieja partera de conflictos y guerras, la geopolítica, resucitó nuevamente y Rätzel se colocó una vez más en la cabecera de los libros de consulta Y, como se demostró palmariamente, en el proceso desintegrador de la antigua Yugoslavia, reaparecieron los intereses egoístas y las diplomacias particulares de las potencias europeas. Francia y Rusia apoyando a Serbia. Alemania y Austria, por su parte, respaldando precipitadamente el reconocimiento como Estados de Eslovenia y de Croacia. Por si fuera poco, países no europeos, apoya-

ron a Bosnia-Herzegovina, invocando solidaridades antes despreciadas, especialmente Arabia Saudí y otros Estados de religión musulmana.

La miríada de nuevos Estados, algunos de dimensiones en demasía reducidas, fijaron su supervivencia en la afirmación extrema de su personalidad. Asumieron guerras, cuando fueron oportunas, no importando el precio económico ni la sangría en vidas humanas. Frecuentemente, en estos últimos años, el legítimo derecho de autodeterminación, asentado sobre la dinámica idea de nación, pasó las fronteras de lo imaginado en los gabinetes de estudios.

¿Qué ocurre cuando de la idea de nación se pasa al fanatismo del nacionalismo? Es una vieja historia, causante de males innumerables en Europa, y que no por menos sabida es obligado recordar. El nacionalismo se consolida con la exclusión, con la negación del "otro". Del nacionalismo se pasa a la xenofobia, de ésta al racismo que, a su vez, desemboca, casi ineluctablemente, en diversas manifestaciones del fascismo. Este es el fantasma, muy real, que ahora recorre Europa.

El ascenso de esta ideología negativa pone en grave peligro los procesos de transición a la democracia en no pocos de aquellos países que vivieron, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, bajo la dominación comunista. Lo malo es que también algunos de ellos, durante el período de entreguerras, en las décadas de los años veinte y treinta sucumbieron al contagio de los fascismos de aquel tiempo de la peste parda y del populismo en mangas de camisa que pueden ser despertados por cualquier líder de los desesperados y de los irracionales.

Además, el planteamiento idealista que se precipitó a partir de 1989 incurrió en no pocos errores y enunció algunas promesas de difícil cumplimiento. Parece claro que el desarrollo político, para que se consolide, ha de ir acompañado de procesos paralelos de bienestar económico y social. Especialmente, cuando se enuncian los segundos como corolarios mecánicos del primero. Sin embargo, la economía estatalizada de las Democracias Populares y de la Unión Soviética, a la caída del Muro de Berlín, estaban en un estado de absoluta postración. Pese a que se conocía perfectamente esta situación, se acometió, sin acomodación ninguna, el paso inmediato de la economía estatalizada a la economía de mercado. En la gran mayoría de los supuestos y con muy pocas excepciones (Hungria y Chequia, las más notables) la experiencia fracasó y ha causado un sentimiento de frustración colectiva. La insatisfacción económica, deslumbrada ante el lujo suntuario importado rápidamente

de Occidente, ha despertado nostalgias que aún no habían desaparecido. Se invoca la necesidad del Estado fuerte que, en estos países de corta experiencia democrática, significa, lisa y llanamente, el retorno a los métodos del comunismo más inmediato o del ya conocido fascismo.

Europa Occidental, sobre todo la Unión Europea, ya que sus dimensiones coinciden, prosigue su proceso de integración y se enfrenta, en condiciones positivas, a la empresa de la moneda única y del Banco Central Europeo. Tiene, por delante, el reto de profundizar sus vertientes sociales y políticas y de aminorar su déficit democrático. De aquí a pocos años, la ciudadanía europea puede ser una realidad. La situación económica de la Unión Europea, en su conjunto, es positiva y ha probado recientemente su fortaleza al resistir las turbulencias provocadas por la especulación financiera y, sobre todo, las crisis vividas por las economías asiáticas.

El resultado es que la Unión Europea se convierte en una Isla del Tesoro a la que quieren llegar los desheredados de la tierra; tanto los árabo-mediterráneos como los africanos sub-saharianos, acompañados en este asalto por los europeos nacionales de países que no son miembros de la Unión Europea. Hasta ahora la respuesta de los ricos no ha podido ser más desafortunada, aunque haya razones que la hagan explicable: levantar un muro inexpugnable, que no otra cosa es el “Espacio Schengen”. Respuesta injusta y, además, estéril; la historia demuestra fehacientemente que para los hambrientos no hay muros que no puedan asaltar. Por lo demás, sería un crimen histórico sustituir el Muro de Berlín por el Muro de la Riqueza.

La situación, pues, ofrece una imagen desequilibrada, desigual, en la que se confunden las luces con las sombras. Un cuadro que, en ocasiones, moviliza el optimismo y, bajo otras coordenadas, invoca el pesimismo y obliga a una severa posición de realismo. Ambivalencia que se acentúa y multiplica si se atiende a otro fenómeno de particular interés y que, otra vez, atrae la atención sobre el principio del derecho que ampara a los pueblos al ejercicio de su autodeterminación. Su detalle requiere una mayor atención y una delicadeza especial en su tratamiento para el que, al parecer, el viejo edificio del Estado-Nación, tal y como se conoce en la actualidad, no demuestra la preparación suficiente.

6. Ante esta compleja perspectiva, sólo cabe una conclusión y de carácter muy provisional. En este fin de milenio, la Vieja Europa se encuentra ante una disyuntiva de caminos muy diversos y para cuya solución no tiene todas las claves. El pro-

ceso de integración, en sus aspectos económicos, monetarios y financieros, avanza con buen viento. Por contra, la unidad en la acción exterior de los Estados Miembros de la Unión Europea, continúa siendo un proyecto; por el momento, dominan las diplomacias particulares de las Grandes Potencias renacientes. Lo mismo debe afirmarse de la proyectada política de defensa europea; los europeos, mal acostumbrados en sus dos Guerra Mundiales, continúan acogiéndose cómodamente al aparato militar del Gran Aliado del otro lado del Atlántico. Como ha dicho muy gráficamente un político español, en fecha reciente: “Por primera vez en quinientos años, acaba un siglo sin que Europa ostente el liderazgo”.

Disyuntiva que se complica aún más si se piensa en las dos corrientes opuestas que priman en la actual hora europea. Una tendencia centrípeta que apuesta por la lenta dilución, tras un largo proceso erosivo, de las instancias estatales en el núcleo duro de Bruselas. Otra tendencia centrífuga estima que es el momento de levantar antiguas banderas, desempolvar memoriales de agravios y trazar más fronteras a nuevos sujetos estatales; esta aldeana doctrina de campanario levantaría nuevas barreras al otro designio integracionista. Entre ambas, pero escasamente definida, una tercera posición apuesta por la llamada Europa de los Pueblos y de las Regiones; invocación ésta que confunde dos realidades muy distintas. La primera tiene un contenido pre-revolucionario, puesto que al final de su recorrido la meta lógica es la constitución estatal; la segunda, aunque apoyada en peculiaridades de muy distinta índole, atrae la atención sobre diferentes modalidades de establecimiento de compartimentaciones administrativas.

Todas ellas, la tendencias centrípeta y la centrífuga, así como la tercera posición, pueden dislocar el funcionamiento de instituciones ya consolidadas e introducir unos mecanismos doctrinarios que obligarían a un replanteamiento del conjunto de la concepción europeísta. No parece factible marchar hacia una realidad unitaria, con el respeto debido a todos los hechos diferenciales, si se ponen en juego las multiplicaciones de nuevos entes estatales y si se recrean divisiones administrativas todavía más engorrosas que las ya existentes y por cuya desaparición parece que todos apostaban. El déficit democrático, del que tanto se acusa razonablemente a las instituciones comunitarias, no se superaría con más divisiones, no sólo institucionales, y con la inevitable progresión burocrática, si finalmente se impusiesen estas opciones.

Y, en última instancia, ha de recordarse que la Vieja Dama ya no es la dueña y señora del mundo. Ciertamente, puede ser uno de sus grandes protagonistas si avanza en el sendero de la unión y de la integración. Pero es que, aún teniendo muy claros sus objetivos y siendo unánimes todas las opiniones nacionales, Europa sabe muy bien en que escenario tiene lugar el fin del milenio. La última palabra de moda, el nuevo y viejo vocablo mágico, se llama globalización. Bajo este término se pretende colar de contrabando una mercancía muy diversa y, en ocasiones, averiada. Sin entrar en el debate, ha de constatarse con gran claridad que lo único que ahora es realmente global es el mercado. Este ha sido el gran triunfador de la Guerra Fría. Y, con el mercado único, su pensamiento articulador: el neoliberalismo económico.

Uno de los pocos pensadores europeos de la actualidad, Jürgen Habermas, en un reciente estudio titulado “Nuestro breve siglo” (Vid. la publicación mensual *Letra Internacional*, N° 58, Septiembre-Octubre 1998), reflexiona breve y dramáticamente sobre los efectos de la imposición del mercado único. El filósofo alemán, subraya los efectos nefastos de esta dependencia económica universal y destaca dos de manera muy especial. El primero el grave peligro que corre, si no ha fenecido ya, el Estado de Bienestar. El otro, la introducción de la injusticia y de la desigualdad en la Europa que, hoy por hoy, todavía es la ansiada Isla del Tesoro. Escribe J. Habermas en una cita que merece reproducirse íntegramente: “El abismo entre los empleados, los subempleados y los desempleados, aumenta cada día más. Con el aumento de los excluidos –del empleo, de la educación continua, de las subvenciones estatales, del mercado de la vivienda, de los recursos familiares–, surgen las *subclases*. Estos indigentes excluidos del resto de la sociedad ya no pueden dominar por sí mismos su propia condición social” (Vid. art. citado, pág. 9).

¿Qué hacer? Frente a una situación inesperada, hay pocos recetarios de los que echar mano. No obstante, parecen imponerse algunas evidencias doctrinales y de pensamiento que, de acordarse, deberían ser implementadas por los ejecutores competentes, políticos y técnicos. Todo parece indicar que, desaparecidas las trabas paralizadoras del pasado más inmediato, se impone combatir, en el plano de las doctrinas, el corolario que se deriva mecánicamente del neoliberalismo económico: la inevitabilidad del pensamiento único.

En épocas de crisis, e indudablemente este fin de milenio lo es, surgirán nuevas propuestas ideológicas de muy distinta concepción y corte. Entre todas ellas, des-

taca por su contenido utópico, por su alcance universal y por sus contenidos igualitarios y de justicia, la doctrina y la práctica de los derechos humanos. Superada la vieja dicotomía de los tiempos de la Guerra Fría, no debería haber empacho alguno para invocarlos en todas su integridad. Hacia el interior, dentro de Europa, y hacia el exterior, a los habitantes de los escenarios no europeos, comenzando evidentemente por los más próximos (los pueblos mediterráneos norafricanos y los pueblos situados más allá de Berlín).

Se trataría de un elementalísimo ejercicio de solidaridad que, en las décadas de los años setenta y ochenta, hizo pruebas de su dinamismo en los movimientos pacifistas y ecologistas. Indudablemente, la solidaridad es un sentimiento muy vivido en la actualidad por la opinión europea. Ahora bien, debe estarse alerta y no confundir la solidaridad interna y la internacional con el muy respetable, pero distinto, ejercicio de la caridad. La solidaridad, correctamente entendida, no es correr en auxilio de la poblaciones sacudidas por una catástrofe natural o por la crueldad de las guerras. Estamos ante un ejercicio permanente, que exige sacrificios a sus practicantes, y que no puede confundirse con simpatías o antipatías, paternalismos o rechazos, del tipo que fuesen. No hace falta agregar que el ejercicio de la solidaridad incluso es aconsejable por meras razones de egoísmo y de supervivencia. La única forma de evitar los conflictos sociales es eliminar sus causas: la injusticia, la desigualdad, las faltas de libertades, las discriminaciones del tipo que sean y un interminable rosario de atentados a la dignidad del ser humano.

Evidentemente, el recetario es susceptible de ampliación. La última incógnita es saber quién se encarga de ponerlo en marcha y de aplicarlo. En buena lógica, debería ser una corriente que fuese de los pueblos a sus organizaciones políticas y sociales. ¿Están los partidos políticos y las organizaciones sindicales, que atraviesan una profunda crisis no sólo de identidad sino también de utilidad, en condiciones de asumir estas nuevas funciones? Lo deseable es que ellos fuesen los que canalizasen estas tendencias, estas ideologías, y las convirtiesen en programas de actuación y de gobierno, desde los niveles municipales hasta los comunitarios y bruselenses. En caso contrario, se impondría pensar en reformulaciones de los mecanismos de representación y de participación popular capaces de llevar a cabo las tareas que impone el fin del milenio.

Ante esta situación de inseguridad y de incertidumbre, nada mejor, para finalizar estas páginas, que hacer nuestras las palabras de Eric Hobsbawm, en su *Historia del siglo XX* (Barcelona, 1995, pág. 552): “El corto siglo XX acabó con problemas para los cuales nadie tenía, ni pretendía tener, una solución. Cuando los ciudadanos del fin de siglo emprendieron su camino hacia el tercer milenio a través de la niebla que les rodeaba, lo único que sabían con certeza era que una era de la historia llegaba a su fin. No sabían mucho más”. Es, no casualmente, la última imagen de Hans Castorp, en *La montaña mágica*, cuando comienza la Gran Guerra y finalizaba el siglo XIX.